



**REFLEXIÓN  
PARA LA CEREMONIA DE PROFESIÓN**

Villa Lante, 26 de enero 2020

Juan 4 : 5-42

A todas las personas que hemos estado cerca de ustedes como grupo, lo que nos llama la atención es el cuidado y la cercanía que tienen las unas por las otras, su capacidad de escucha. Por eso es lógico que hayan elegido el Evangelio del encuentro en ocasión de su profesión perpetua. El encuentro de Jesús con una mujer al borde de un pozo es un encuentro improbable, pero también es un encuentro profundo e íntimo que transforma una vida, la llena de alegría y que luego nos invita a comunicarla a los demás.

¿Qué nos quiere decir Dios en este Evangelio?

### **1. Dios viene a encontrarme a pesar de que estoy lejos de Él, y a veces Él me espera.**

¡Jesús se detiene en este pozo y espera a una mujer que con razón eligió la hora más calurosa del día para asegurarse de no encontrarse con nadie! Están solos y es Él quien comienza la conversación y la saca de su aislamiento porque a menudo, sin saberlo, es **Jesús quien viene a buscarnos** para abrirnos a su Palabra.

Y si tenemos dificultades para reconocerlo, (puede suceder en nuestra propia vida...) **Jesús se nos revela como a la mujer samaritana:** "el Mesías, el Cristo ... yo soy, el que habla contigo ". (V26)

También en este Evangelio, estamos invitadas a escuchar al extraño, nuestro hermano o hermana, cuya cultura puede parecer distante, a veces incluso extraña o incomprensible porque Cristo se descubre donde menos se espera. Cuando el Papa nos invita a abrir nuestras puertas para recibir a los migrantes en nuestros hogares, nos invita a un encuentro improbable como el de Jesús con la mujer samaritana, de un judío con una samaritana, de un hombre solo con una mujer. **Cristo se hace pobre y se hace reconocer a los más pobres, los más frágiles**, a veces los más distantes y diferentes.

Y ustedes, ¿cómo lo han conocido durante estos cinco meses? Somos testigos de esto, ustedes se han tomado el tiempo, con confianza y generosidad, para escuchar Su Palabra y han aprendido a reconocerlo, preguntándose y compartiendo en lo más profundo de su ser.

**2. Dios me sacia, aunque cuando creo que no lo necesito y pienso que me basto a mí misma. Dios, a través de un encuentro íntimo, me invita a la conversión.**

Mientras nos espera al borde del pozo, Dios también se arriesga a sentirse frustrado por nuestra respuesta. En este Evangelio, la mujer lo desafía abruptamente “cómo tú, siendo judío...”, porque “judíos y samaritanos no se tratan entre sí”. (V.9)

Y ella se niega a creer lo que Jesús le promete. “No puedes darme agua porque no tienes con qué sacarla”. (V.11)

A veces somos duras con Cristo, sordas a sus promesas de felicidad. No lo necesitamos a Él. Ya no tenemos sed.

San Juan nos hace descubrir cómo Jesús da la vuelta a la situación para que esta mujer se abra a su escucha, a su Don, para que ella crea que Dios puede darnos vida en abundancia “el agua que Yo le daré será en ella una fuente de agua que brote para vida eterna”. (V.14b)

Por eso, la samaritana debe comenzar a escuchar y confiar en la Palabra de Dios, por lo tanto, **Jesús la invitará a expresar su profundo deseo** “entonces, Señor, dame esa agua...” (v.15)

Finalmente, Jesús la invitará a entrar en otra dimensión de diálogo con esta exhortación: “¡ve, llama a tu marido!” (V.16). Jesús toca su profundo sufrimiento, pero sin ningún juicio o condena. Por el contrario, alcanza su verdadera angustia: vivió en la búsqueda de un amor que no se encuentra, una sed nunca satisfecha, un dolor presente, una frustración ... Y Jesús también la hace expresar otra búsqueda: ¿no sé dónde tenemos que adorar? ¿En la montaña como nuestros padres o en Jerusalén como dicen los judíos?

**Jesús la abre a un proceso de internalización, un encuentro íntimo y libre con Dios.** Ella no necesita adorarle en una montaña sagrada, descubre en lo profundo de su ser, su fuente de agua viva. Él la invita a dejarse unir con Dios y su Espíritu. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (v.24). Jesús la llevó a reconocer humildemente las dificultades de su vida y a liberarla.

Como la mujer samaritana, ¿me atreveré a dejarme mover por un ser

que se presente en su sencillez, en su miseria? ¿Escucharé hoy la voz de quienes me dicen: "tengo sed y te necesito"?

Por último, ¿cómo puedo dejarme llamar y reconocer mi sed de amor y gratitud aún sedienta?, **¿cómo puedo gritarle mi sed y mi profundo deseo?** ¿Me atreveré a decirle "dame esa agua" **para que me pueda saciar del Espíritu Santo?**

Él ya nos ha dado todo, a través del agua del bautismo, a través de su mirada amorosa, su Palabra que me libera. Su agua viva todavía está allí, nos deja libres para beber allí.

3. Finalmente: **Cristo me da una vida nueva en abundancia, pero para transmitirla a otros**, para enviarme en misión a su propio pueblo/a quien Él hace mío. No para estar en la montaña o al borde del pozo.

**La conversión, el encuentro interior... dan alegría**, no solo la risa que las ha acompañado en los últimos meses, sino una alegría profunda; la de su encuentro liberador que les hace querer darlo a conocer al mundo. Hoy, mis hermanas, **esta alegría habita en ustedes** tanto como en esta mujer que se va para anunciar lo que ha experimentado.

El que la mujer samaritana haya dejado la jarra al borde del pozo para irse a anunciar a su gente lo que acababa de vivir, nos dice cuán sobrecargada estaba, pero también la importancia que tenía el querer compartir lo que había descubierto y vivido. Esta alegría profunda proviene de escuchar la Palabra de Dios, de la curación o la conversión, del encuentro profundo con Cristo, **esta alegría tiene que ser compartida y estarán felices aquellos encontrarán en sus hogares y que recibirán de ustedes esta alegría.**

Allez! Avanti! Go! Adelante!

Florence de la Villéon rscj